

Las oscilaciones de precios, en las ventas de la sardina

Por MAREIRO

En fecha próxima, si las cosas vienen favorables, debe comenzar la temporada sardinera en el Cantábrico y en el Atlántico.

Para España y para Portugal, la sardina es una riqueza marina de la máxima consideración. En torno a ella, que es vida de tantos hogares modestos, se han realizado los lucros más copiosos, y cuanto más avanza el conocimiento de los problemas que su explotación plantea, menos regularidad se advierte en la estimación de su valor.

Ninguna especie cuenta, entre nosotros, con una industrialización más antigua y más desarrollada. Desde hace tres cuartos de siglo existen entre nosotros fábricas para dar permanencia a los valores de esta riqueza, prolongando artificialmente sus virtudes alimentarias, su sabor y su gracia naturales.

Cuando no se soñaba aun con las grandes cosechas de especies de altura, que el arrastre proporciona, ya la sardina era objeto de estudios constantes y se iba convirtiendo en la base de grandes explotaciones, fundadas en la posibilidad de convertirla en un manjar duradero, llamado a nutrir una demanda ilimitada en el tiempo y en el espacio.

Y sin embargo, la sardina se mantiene hoy rebelde a todas las medidas limitativas de la oscilación de precios. En 1940 la Lonja de Vigo la ha visto decaer hasta 15 pesetas la cesta, y alzarse a las pocas horas hasta bordear las 175.

Si en todo negocio pesquero, el elemento aleatorio tiene una presencia innegable, efectiva, en el sardinero llega este factor a su intensidad máxima. La curva de las estimaciones comerciales de la popular cuplea, reviste las más pronunciadas desigualdades, así en esta hora de rigor máximo para los problemas económicos, como en aquellas otras horas iniciales a que acabamos de aludir.

* * *

Es sorprendente, que esta inestabilidad esencial en las cotizaciones de la primera, no se haya proyectado más intensamente en la naturaleza de los negocios creados a base de utilizarla: conservas, salazones, exportación en fresco, etc.

La fragilidad comercial de la sardina, aun siendo tan acusada, no se ha comunicado a aquellas industrias, que más bien ofrecen una solidez superior a otro género de explotaciones. Se trata de una variabilidad que principalmente, y casi de modo exclusivo, localiza sus efectos en el productor, en el que se aprovecha de la primera venta; pero que no tiene, a la larga, una repercusión muy grave e inmediata en los rendimientos de los negocios secundarios.

Este último fenómeno se produce por compensación. Los compradores habituales de grandes cantidades de sardina, apesar de los altibajos de su curva de precios, obtienen a fin de año una media más o menos normal, a la que se atienen para sus operaciones de reventa. Claro es que la compensación, en la fabricación de conservas, y salazones, ahumado, etc. es siempre más fácil y segura que en las reventas del fresco, pues en esta modalidad del comercio sardinero la oscilación inicial se proyecta en el segundo ciclo con casi la misma intensidad.

La compensación, principalmente en el negocio de los fresqueros, se logra, además, a costa de otras especies. Los exportadores no comercian solamente en sardina. La utilizan para suministrar las plazas del interior más como sustitutivo de pescados más resistentes, que como materia propia de esta modalidad de tráfico pesquero. Y la pescadilla, los besugos, los peces planos, etc. suelen obtener, relativamente, cotizaciones de mayor estabilidad que la sardina, y se prestan a un comercio más ecuánime y regular, déntro de la esencial variabilidad que constituye la naturaleza característica de los negocios pesqueros.

* * *

Las más débiles economías fecundadas por la bendición de la Naturaleza que es la sardina, son las que en mayor medida sufren los efectos de la inestabilidad de sus precios. Nos referimos, como el lector ha advertido ya, a los armadores y marineros participes en la comunidad pre-capitalista que entra hasta en los repartos del monte mayor, un día menguados y cortos, y otros generosos y ocoso excesivos.

Es indudable que se ganaría mucho, tratando de cohibir en la medida de lo posible, los saltos en las cotizaciones de la sardina. Nos referimos, especialmente, al punto de vista de los productores directos, que no obtienen siempre la compensación de estas desigualdades, ni están capacitados para lograrla por los medios que pueden ofrecer para ello la técnica comercial o la técnica industrial.

Aparte del interés económico, la cuestión ofrece un marcado interés social. La pesca sardinera es eminentemente popular, tiene un sabor auténtico de trabajo artesano, en el sentido de no estar interferido por el capitalismo. El precio de la sardina, en este sector de la actividad económica, representa mucho más retribución directa del trabajo arriesgado y duro de la mar, es decir, salario, que interés de un capital invertido.

Por tanto, ya que la compensación no se opera naturalmente, debería intentarse por otros caminos. Por los caminos de la economía reflexiva y adulta, sujeta a normas y leyes experimentadas antes de ahora en otros campos.

Cuando se trata de asegurar lo indispensable para la subsistencia del trabajador y de su familia, no cabe esperar compensaciones espontáneas a plazo largo; no es posible estar a los años buenos para desquitarse de los malos. Ha de pensarse en la limitada capacidad de resistencia de los hogares pobres, e inspirarse en ella para adoptar normas que reduzcan al mínimo el margen oscilatorio de los precios en las primeras ventas de la sardina capturada.

Hay, para pensar en esto, aparte razones de tipo industrial, las mismas que justifican el aseguramiento de retribuciones mínimas a otros trabajadores; con la diferencia de que, en este campo laboral, esa previsión no es posible lograrla a expensas de las reservas de las empresas. Solo sería posible logrando un equilibrio relativo en el juego de los precios básicos.

* * *